

FERROCARRIL DE LOCOS

(CONTINUACIÓN)

en menos que se dice, les sacaban todo el jugo, dejándolos secos como obleas; y cuando ya estaban del todo enjutos, les despegaban las sabandijas chupadoras, y los dejaban ir a que los atormentaran de otro modo.

Dijéronme los diablos que cuando las sanguijuelas habían hecho su oficio, las pasaban por unos cilindros y que así soltaban lo que chuparon; y luego las volvían a sus tarros, dejándolas ayunar otra vez, hasta que les tocaba el turno. Y como yo les preguntara sobre ello, me contestaron que venían tantos animalejos de estos al Infierno, que siendo infinitos los que se condenaban por ladrones, logreros, prestamistas, acaparadores y codiciosos, siempre tenían caciques, monterillas, diputados y curiales de repuesto para un pronto.

Salí al cabo de la *Clinica*, cuando entraba una gurullada de malos poetas, diciendo que les habían trocado la sentencia; porque ellos tenían que subir al Helicón, y la sentencia decía, que no habían de ir sino al Manicomio. En un santiamén, los diablos cirujanos les rellenaron lo vacío de los cascos con hojas que arrancaban de una gramática, que fué la más acerba pena que podían sufrir, y quieras que no, haciendo versos modernistas por el camino, fueron conducidos a la Casa de locos del Infierno, en donde los ataron fronteros unos de otros, para que eternamente estuvieran oyéndose los despropósitos.

Yo los seguí hasta la misma puerta del Manicomio; pero solicitado de la novedad que ofrecían unos gritos muy desafortados de mujeres, no entré, sino que dirigí los pasos al sitio en donde me pareció que los daban. Era un hoyo regularmente hondo y muy dilatado, casi lleno de mujerzuelas de esas que llaman de vida alegre. Chillaban de aquel modo, porque los diablos querían meter en la caverna unos clérigos, que se hicieron protestantes, y las condenadas

decían, que no había de ser así; que allá, aunque pecadoras, todas eran personas decentes, que se ganaron el pan trabajando, y que si vendieron algo, fué su cuerpo; pero que aquellos sinvergüenzas, por un puñado de monedas, habían vendido a Cristo. Los diablos contestaron, que habían de meterles allí; porque adonde quiera que los llevaban, los querían echar, y era fuerza meterles en alguna parte.

—De manera dijeron las mujercillas—que aquí nos han de traer tan mala compañía, porque en el Infierno nadie los quiere. Pues han de saber, que como nos hagan tal injusticia, revolveremos toda la casa a gritos y se acordarán de nosotras.

Asustáronse los diablos, y volvieron con toda la reata de clérigos al tribunal: y allí, según me dijeron, Eaco dictó esta sentencia: —Que puesto que aquellos clérigos no cabían en ninguna parte; atendiendo a que en vida debieron ser luz del mundo y no lo fueron; para que de algún modo cumplieran con su oficio, se les colgaría en sitios adecuados del Infierno, y pegándoles fuego, servirían de antorchas y lámparas. Así se introducía en la casa esta novedad, que hacía siglos que se echaba de menos, y se daba destino honorífico a gente, que aunque ruín y despreciable, ayudaba mucho a que las almas se condenaran.

Cuando me contaron la resolución de aquel pleito, estaba yo en un alto viendo cómo pasaba un rebaño de almas incontables, conducido por sus pastores. Iban de todos los oficios, muertos de hambre y sed, comidos de vicios, creyendo, que en cuanto pasara la eternidad, comerían y beberían y serían felices. De vez en cuando, uno de los pastores daba vivas a la libertad, y todo el rebaño contestaba:—¡Viva!

De esto me dió pena, como me causó no poca risa el suplicio de los tramposos, embusteros, liosos, tahures, camorristas cizañeros y otra gentecilla de esta laya, a quien no dejaban sosegar los diablos, mandándolos para que llevaran razones a todo correr, de una parte a otra, con sendos sacos a cuestas, llenos de las verdades que no dijeron. Y debían de ser tantas, que los desdichados, no pudiendo tirar del peso, frecuentemente caían rendidos en tierra; hasta que les azuzaban chismosos, que son como perros del Infierno, y asustados entonces, se levantaban, para seguir llevando recados, sin descansar un punto y con la carga de las verdades a cuestas, que era su mayor tormento.

--¿No van con estos los calumniadores?—pregunté a un diablo que llevaba un sacristán ensartado en la caña del apagaluces.—A esos los tratamos más honrosamente,—respondió el diablo.—Vente tras mí, porque allá voy con este hereje.

Los seguí curioso y llegamos a un departamento en el que penaban muchas almas, picoteadas de lechuzas y roídas de ratones. Unas se hallaban colgadas de escarpas, otras de clavos; cuáles cogidas de un pie, cuáles de las orejas, como hacen los muchachos con los murciélagos, y las más de la lengua, con la que pecaron dañando la honra ajena. Las lechuzas y los ratones no las dejaban sosegar; pero con las que mostraban estos particularmente más enojo era con las de los hosteleros malos, que también pagaban allí sus culpas; y preguntándole yo a un verdugo, que por qué tenía aquellos roedores tan torcida voluntad a estos desdichados, me dijo, que él creía que todo ello debía de venir de que los hosteleros daban cierto husmillo a gato, y los ratones pagaban en ellos el odio que siempre tuvieron a este animal.

Al lado de esta caverna y con vistas al departamento del sexto, penaban los herejes, impíos, mercaderes de ideas, filósofos ateos y otros espíritus trascendentales, gente seria, descreída y soberbia. Ví que no podían mover pie ni mano, y que los atormentaban ciertas señoras marisabidillas, muy feas, armadas de impertinentes, leyéndole sus propias obras, con toda la pedantería de que son capaces mujeres bachilleras. Yo creo que en el Infierno no hay tormento más insoportable, y que solamente puede compararse al de algunos catedráticos, que ví tragando a la fuerza las obrillejas que hicieron comprar a sus alumnos, y que formaban montones enormes. Es lo cierto que las tragaban con tales bascas, trasudores y fatigas, que pedían por todos los satanases de la casa, que los atormentaran de otro modo. Dijéronles los verdugos, que les darían gusto: pero que había de ser con condición de que sufrirían la misma pena que los descreídos; y entonces, temblando, llenos de terror pánico, dijeron, que antes que oír a aquellas señoras pedagogas, estaban dispuestos a tragarse hasta lo que se ha escrito sobre el sentido recóndito del Quijote.

Hondamente me llegó la pena de tales desdichados, y meditando estaba en su rigor espantoso, cuando he aquí que montados, unos en trípodes, como sibilas y los más en escobas, brujos menores de la cofradía, trajeron por el aire los verdugos infinitos condenados, que parecían locos, según los aspavientos, meneos, admiraciones y hasta disparates que decían. Eran espiritistas, teósofos y ocultistas, y sin duda gente con el seso menoscabado huero del todo.

—Yo, señor clérigo, me dijo uno, fui mastodonte en la época terciaria; y ahora, montado en este palo de escoba, siento que me nacen plumas de águila caudal. —Pues yo, añadió otro, he descubier-

to que estuve en la India, nadando en el Ganges sagrado, en clase de cocodrilo, y espero luego, que transformado en chinche, tenga el placer de picar y mortificar a cierto enemigo que dejé allá en el mundo y que se burlaba de mi ciencia.

Notando que todos querían hablar y decir otros tantos dislates, con lo que no acabarían nunca, los diablos apresuradamente los metieron en el departamento de los impíos. Pero he aquí, que al aparecer en el antro los pobres locos, y verlos que los vieron los filósofos, se armó tal zambra, que hasta los demonios temieron por la seguridad del infierno, y según supe, por algún tiempo estuvo cerrada la puerta, hasta que se apaciguaron los ánimos.

Fué la causa, que los herejes y filósofos decían, que aquéllos no eran descreídos, sino necios e idiotas, y que debían ir adonde penaban los poetas ultraístas, que eran en su género perfectos; pero que nunca estaría bien, que los confundieran con ellos, sabios reconocidos, que ayudaron al progreso humano en tales y cuales cosas, y con tales y cuales virtudes magníficas y lucubraciones espléndidas. Refanse los diablos y les decían, que en llegando a lo de necios, de puertas adentro nadie podía echarse nada en cara; porque la más insigne de todas las necedades era la de condenarse, y que en la casa no entraba de asiento quien no se hubiera ganado su condenación por puños. Y así, que en cosa de idiotas allá se andaban todos y todos eran unos, y que por buenas o por malas, juntos habían de estar, hasta que el Juez Supremo mudara la sentencia, que no lo haría.

Cansado ya de tanta variedad de cosas, temeroso de la zalgarda que no llevaba trazas de acabarse, y agotado el ánimo por la visión de los tormentos volví las espaldas a la caverna amotinada, por ver de salir de la eterna pena. Todavía, aunque de paso, vi a los viejos verdes, catarrosos, tosiendo hasta echar el hígado por la boca desempedrada, tomando potingues asquerosos para remozarse; a algunos malos médicos, tragando pócimas con que acabaron a tantos, sin permiso de la enfermedad ni de la muerte; a los políticos que oficiaban de sarna de los jueces; a los que vendieron a su patria, traidores, bebiendo plomo y acero derretidos; y a los comerciantes tramposos, de mala fe, potrosos, embragados como pájaros de percha, cimbeles del Infierno.

Pasé luego junto a un bosque, enramada de matadero, de donde salían mugidos horribos. Dióme miedo; pero luego me tranquilicé, porque oí decir, que provenían de gentes que lo fueron de su voluntad y que comieron y triunfaron con ello.

JOSÉ MORENO MALDONADO.

(Continuará)